



INFORME: El año Quijote

El laberinto de Cervantes

Luis Martínez-Falero

Cuando en 1994 Harold Bloom publicó *El canon occidental* fueron muchas las voces que se elevaron para protestar contra la selección de autores realizada por el profesor de Yale. Sin embargo, hubo (hay en cualquier clasificación canónica) tres nombres que nadie puso en duda: Dante, Cervantes y Shakespeare. Estos tres autores superan lo humano (la letra) para alcanzar lo trascendente, lo esencial (el espíritu de la letra), para ir más allá de su propia creación. Si Dante representa la elevación de lo humano a lo divino, lo iniciático como principio y culminación de la existencia, lo teológico y lo humano unidos en un recorrido por los círculos de los tres mundos fijados en lo sobrehumano por el cristianismo; si Shakespeare busca la esencia de lo humano en sus tragedias y dramas históricos (la duda, los celos, la avaricia, la ambición..., pero también la fe en la superación de un *Enrique V*), si las máscaras de las tragedias clásicas se humanizan hasta el punto de producir (como quería Aristóteles para la tragedia y la oratoria) un autorreconocimiento del lector u oyente, como ser humano sometido a su naturaleza, pero capaz de superarla en virtud de ese mismo autorreconocimiento; Cervantes nos traslada al libro de los libros, donde leemos y donde nos leemos, donde el viaje (iniciático o no, qué importa) nos descubre un mundo que somos nosotros mismos.

Hans Blumenberg, en *La legibilidad del mundo*, nos dice que nuestra percepción de la realidad es fragmentaria y que tenemos que recomponer ese mundo percibido para hacerlo nuestro, para estructurarlo y darle forma en nosotros. Y en ese mundo propio, interior, profundamente humano por trascendente y profundamente humano por intangible y sólido a un tiempo, la literatura es el juego de espejos en el que cobra forma la vida. Pero no la vida ordinaria, nuestra existencia cotidiana sometida a la rutina, sino esa vida donde nos conocemos y nos reconocemos en *el otro*, dando así sentido a esa rehumanización del arte, donde la palabra del hombre (el verbo del hombre que lo describe y le da sentido: el verbo que construye al ser humano, por tanto) crea el mundo.

Este hecho, de plena actualidad hoy al hilo de la polémica deconstructivista y también de los estudios sobre la modularidad de la mente que parten de la psicología cognitiva de Jerry Fodor, la asumió Cervantes de manera intuitiva como lector y como autor: como lector que asume las categorías de los géneros narrativos de su época, construyendo una cosmografía literaria, y como autor que sabe transformar dichas categorías en algo nuevo, en un nuevo mundo propio (el suyo/el nuestro) con una nueva estructura que da paso a la modernidad, a ese diálogo con los otros, con los libros, con los mundos ajenos, para lograr una creación única y abierta.

Desde esta perspectiva, Cervantes supo crear un laberinto de libros, de géneros (con sus respectivos personajes, a veces en caricatura, a veces con la precisión que exigía la tradición literaria), donde, sobre el armazón de las convenciones de la novela de caballerías (en parodia, como culminación y cierre del género) supo engastar las piezas de la novela pastoril, de la novela sentimental, de la novela morisca y de la novela bizantina, a la que dedicaría sus últimos esfuerzos creadores y vitales (pues es imposible separar creación y vida en un escritor de raza como él) en el *Persiles*. *El Quijote* nace, por tanto, de la mezcla de géneros y como culminación de esas categorías asumidas como tradición y devueltas como pura modernidad literaria.

Pero no sólo se supera lo asumido, no sólo se rompen los moldes para abrir los horizontes de la creatividad (y de la lectura) a un punto nunca alcanzado hasta ese momento y que Cervantes inaugura con todo el esplendor de su estilo y con la mirada irónica e hiriente hacia sus imitadores. Cervantes crea la narrativa moderna, el nuevo laberinto, a través de los caminos de La Mancha. Porque transforma un paisaje real en un territorio mítico, el de la escritura, como Proust en *En busca del tiempo perdido* o Joyce en *el Ulises*. Porque nos muestra el acontecer de unos personajes entre el impresionismo y el expresionismo, en el límite mismo de la locura, que es lucidez, como iluminación de la naturaleza humana, como la poesía de Hölderlin. Porque nos muestra también una realidad social, con la mirada amarga de quien conoce bien los rincones más oscuros de la realidad circundante, como los grandes realistas de la novela europea y norteamericana, de Flaubert a Faulkner, a Cela o a Martín Santos.

Por otra parte, muchas veces se ha destacado el dualismo establecido entre don Quijote y Sancho, la articulación de la novela en el enfrentamiento de la locura frente a la cordura, del idealismo frente al realismo. Y no hay tal cosa. Don Quijote y Sancho representan, en todo caso, una dualidad que cobra unidad en nosotros, muestran la contradicción entre lo utópico y lo posible, como señaló Unamuno, quijote en todas las batallas perdidas. Pero gracias a Cervantes sabemos que sólo el pensamiento utópico es posible, que es el único pensamiento verdadero, el único por el que merece la pena luchar.

Aunque nos quememos los libros, como también planteó Ray Bradbury en su *Fahrenheit 451*, aunque nos devuelvan a casa derrotados y maltrechos, siempre volveremos a las tierras de La Mancha, como representación del mundo, como espacio mítico de la escritura, como origen y punto de destino de nuestros afanes, para reestructurar el mundo (nuestro mundo), para intentar alcanzar la utopía. ■